



Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América

**Tomo I. Jornadas I, II y III.
2005, 2006 y 2007.
“Casa Martín Alonso Pinzón”
Palos de La Frontera
Excmo. Ayuntamiento de Palos de la Frontera.
UNIA_Sede Santa María de La Rábida.**



Del Cipango al Japón

Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América.

Tomo I: Jornadas I, II, III, 2005, 2006, y 2007. Eduardo García Cruzado (Coordinación).

Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2010. ISBN 978-84-7993-094-3. Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/3417>

Durante muchos siglos Japón permaneció oculto para Europa. Ni los geógrafos de la Antigüedad Clásica (Estrabón [siglo I d. C.], Ptolomeo [siglo II d. C.]) ni los enciclopedistas de la Edad Media (San Isidoro [siglo VII] o Vicente de Beauvais [siglo XIII]) tuvieron noticia del archipiélago nipón. Bien es verdad que se asignó a Asia un infinito número de islas: pero todas ellas pertenecían a la India, la mítica India allende el Ganges, como la llamaron los cosmógrafos clásicos. El mapamundi de Ptolomeo describió, de hecho, sólo una pequeña parte del mundo: cubría únicamente 180 grados de la esfera; su meridiano cero empezaba en las islas Canarias y el meridiano 180 terminaba en un mítico fondeadero de los chinos llamado Catígara; se suponía que todos los océanos, incluyendo el Índico y el Atlántico, eran mares cerrados rodeados por continentes.

En la mitad del siglo XIII la amenaza mongol alcanzó a Europa central. Después de invadir Ruisa, los tártaros –como fueron llamados- llegaron en triunfo a Polonia y casi acamparon ante Viena. Una cristiandad atónita tuvo que aprender por fuerza quiénes eran esos poderosos enemigos. Pero aprender significó necesariamente viajar. Así, un puñado de frailes de las órdenes mendicantes, recién fundadas –franciscanos sobre todo y dominicos- se ofrecieron a ser embajadores en la Corte del Gran Kan para conocer las intenciones últimas de los mongoles. Dos franciscanos –Juan de Pian del Càrpine y Guillermo de Rubruc- escribieron muy importantes relaciones de sus increíbles viajes a Asia Central. Y Guillermo, que llegó a Karakorum y fue recibido en audiencia por Mongka Kan, vio allí embajadores de Cauli (= Corea) y China, y oyó extraños rumores sobre una ciudad cercada por murallas de oro, situada en el confín del mundo conocido: en Sérica o China.

Los mongoles no lograron conquistar Europa por completo. En cambio, pusieron fin en la China meridional a la débil dinastía Sung. El hermano de Mongka, Kubilai, fue el primer y último Kan que dominó desde Pekín y Karakorum hasta Moscú y Bagdad. Entretanto, se repitió la misma historia. A lo largo de la ruta de la seda o por la peligrosa vía marítima (desde Ormuz hasta Cantón) los frailes franciscanos llegaron a Pekín (llamado ahora Cambalic, la ciudad del Kan) y empezaron su misión construyendo iglesias en algunas ciudades de China y encontrando –finalmente- los descendientes del Preste Juan: un rey llamado Jorge. Después –o con los frailes-, llegaron los mercaderes, sobre todo genoveses y venecianos. Uno de ellos escribió –o mejor dicho contó de viva voz- sus propias aventuras: el famoso Marco Polo de Venecia.

El libro de Marco Polo dio una visión idealizada de China. Kubilai era presentado como el mejor y más poderoso monarca del mundo –y poderoso,

desde luego, era-. Se describía a China como un país de maravillas: algunas rocas, quemadas, daban calor (el carbón); las riquezas del Kan eran tan inmensas que en su reino no había necesidad de crear una ceca, sino que todos sus súbditos usaban papel moneda; se prestaba especial atención a remediar las necesidades de los pobres y menesterosos, etc. Kubilai no era ni mucho menos un enemigo de la Cristiandad; de hecho, pidió al Papa que le enviara más frailes y hombres sabios a China. Con ello, evidentemente, el Gran Kan pretendía aprender de los europeos todas las técnicas que éstos le podían enseñar en este momento: no muchas, a decir verdad. Pero su intención fue totalmente mal interpretada en Europa. Todo el mundo, el Papa incluido, pensó que la conversión de Kubilai estaba cercana: un error que Europa cometió muchos siglos después, cuando recibió las cartas de los jesuitas escritas desde el Japón hablando de las maravillosas conversiones de los daimyos.

Kubilai quiso extender todavía más las fronteras de su imperio e intentó conquistar las islas aledañas al continente. Por dos veces (en 1274 y 1281) fue enviada una poderosa flota a dominar el Japón, y las dos veces fue derrotada. Para nuestro propósito, ahora, lo más importante es que la expedición fue descrita por Marco Polo, de suerte que Japón fue dado a conocer a Europa. Merece la pena transcribir la descripción de Marco Polo:

Cipangu está en alta mar a 1.500 millas de la tierra de Mangi. Es una isla extraordinariamente grande. Sus habitantes son blancos, bien proporcionados y bellos y de buenas costumbres. Además os digo que tienen oro en muy gran abundancia, pues allí se encuentra oro sin medida. Os digo muy en verdad que [el señor de esa tierra] tiene un muy gran palacio que está todo cubierto de planchas de oro fino. Así como nosotros cubrimos nuestra casa o nuestra iglesia con plomo, de la misma manera está este palacio cubierto de oro fino, de suerte que vale tanto que apenas se podría decir, y no hay persona en el mundo que pueda comprarlo.

El texto merece algún comentario. Para empezar, Cipangu es una transcripción de Jihpen-kuo, 'reino de Japón'. En segundo lugar, se debe advertir que la ciudad de muros de oro citada de oídas por Rubruc se encuentra ahora no en China, un país ya conocido por Marco Polo. Por consiguiente, la maravilla se desplaza más allá, al Este, siendo sustituida por el palacio dorado del rey de Cipango: una clase de palais luisant común a todas las novelas de caballería leídas en ese momento en Europa.

Toda la información que Europa tuvo sobre Japón en los siglos siguientes se basó en el libro de Marco Polo. Ningún viajero llegó tan lejos: ni los frailes Odorico de Pordenone y Juan de Marignolli en el siglo XIV ni el mercader veneciano Nicolò de Conti en el XV pudieron dar sobre él detalles más precisos. De esta suerte, la poderosa influencia de Marco Polo dominó la Geografía del Asia oriental

durante más de 300 años. En algunos mapas medievales, sin embargo, incluso falta Cipango. Por ejemplo, el estupendo Atlas Catalán de 1375 sólo cita el reino del Catayo y sus ciudades, y donde esperaríamos que se encontrara Cipango se hallan las islas de los Desnudos, un pueblo salvaje que sólo come pescado y bebe agua del mar (i.e., los ictiófagos que vieron los antiguos griegos al costear el país de Kirman). El veneciano fra Mauro, un fraile camaldulense, sólo mencionó la Ixola de Cimpagu en su famoso mapamundi realizado h. 1463.

Gracias a un astrónomo florentino, Paolo del Pozzo Toscanelli, Cipangu salió de su olvido en los años 60 o 70 del siglo XV. Toscanelli estaba interesado en la posibilidad teórica de hallar un camino para alcanzar Catay y las islas de las Especies navegando desde Europa al Oeste. La idea de hacer tal viaje, buscando la India por el poniente, no era nueva. A mediados del siglo XIII Roger Bacon reunió en un libro admirable, el *Opus maius*, todos los indicios que probaban la cercanía de España con la India; sus argumentos, repetidos por Pierre d'Ailly, el rector de la Universidad de París, en su *Imago mundi* (1412), fueron muy conocidos por los eruditos de España.

Para volver a Toscanelli. Como los portugueses trataban de hallar su propio camino a la India costeando Guinea, no es extraño que Toscanelli propusiera su plan a la intelligentsia lisboeta. De hecho, el florentino envió un mapa a un canónigo de la catedral de Lisboa, Fernão Martins, y en una carta famosa que acompañaba y explicaba el mapa escribió:

Desde la ciudad de Lisboa navegando derechamente al Oeste hasta la muy noble y grande ciudad de Quinsay hay en el mapa 26 espacios, cada uno de los cuales tiene 250 millas... Desde la isla Antilia, ya conocida por vosotros [los portugueses], hasta la muy noble ciudad de Çippangu hay 10 espacios. Esta isla es muy rica en oro, perlas y joyas, y techan sus templos y palacios con oro.

La información sobre Cipangu está tomada directamente de la versión latina del libro de Marco Polo. Pero los demás detalles son nuevos y muy interesantes. La longitud del Océano que se encuentra entre Lisboa y China mide sólo 26 espacios. Cada espacio, cada uno de 250 millas, tiene 5 grados, como es usual en los mapas ptolemaicos de la época, de modo que 26 espacios equivalen a 130 grados. Los portugueses han alcanzado ya la isla de Antilia. Desde esa isla a Cipangu hay sólo 10 espacios, o sea 50 grados.

Esta Antilia supuestamente conocida por los portugueses es una más de las legendarias islas dibujadas en el Atlántico que finalmente, como la no menos fabulosa isla de Brasil, encontró su puesto –de manera equivocada– en la Cartografía. En cualquier caso, Toscanelli admitió que los portugueses ya habían realizado la mayor parte de la navegación y que, por tanto, era fácil alcanzar

Cipangu y desde Cipangu navegar hasta China. Pero ningún portugués cumplió la gran hazaña propuesta por el cosmógrafo florentino. No es extraño. Las carabelas de Portugal estaban descubriendo nuevos caminos en los mares de África, en su afán por circunnavegar el continente. En A Mina (la Mina de Oro) se estableció ya en 1484 una factoría y una fortaleza, construida en cantería. En 1488 Bartolomeu Dias alcanzó el Cabo de Buena Esperanza. India parecía estar muy cerca, casi a la mano, y no valía la pena derrochar naves y hombres en buscar nuevas rutas a través del Atlántico.

En 1492, de manera inesperada, un nuevo reino, España, entró en la competición por la India. En aquel año terminó la guerra de Granada, el episodio final de la secular Reconquista, que causó en la Cristiandad universal alegría: participar en ella fue un aliciente aventurero incluso para un noble británico, el famoso y extravagante conde de Escalas, lord Scales.

Después de 1492, el campo de batalla de España se hallaba en África. Ceuta era una ciudad portuguesa desde 1415, y en los primeros años del siglo XVI España ganó Melilla, Cazaza, Orán. La conquista de África, y después la conquista de Jerusalén fue un tema predilecto de conversación en los círculos cortesanos, e incluso llegó a ser celebrado en romances. Pero esta utópica y casi milagrosa peregrinación de los reyes Católicos, victoriosos, a Jerusalén se frenó porque en estos planes se interpuso un viaje, el viaje de tres carabelas que –para bien o para mal- cambiaron la historia del mundo y, por supuesto, la de España. Por primera vez en la historia de Europa –esto es, por primera vez con consecuencias históricas de primer orden- el Este fue alcanzado por el Oeste: Cristóbal Colón llegó a Ganuahaní el 11 de octubre de 1492. La conquista de África y de Jerusalén, la *Gran conquista de Ultramar* (el título de una novela caballeresca del siglo XIII), se vio reemplazada por otra inesperada conquista allende el mar, la conquista de América, cuando un hombre tomó posesión de la nueva tierra jamás vista en el nombre de los reyes Fernando e Isabel. Este gran hombre fue un inmigrante genovés llamado Cristóforo Colombo, que prefirió a una vida oscura en su ciudad natal los honores y la gloria que sólo España podía ofrecerle. Y así, orgulloso de ser español, se llamó a sí mismo Cristóbal Colón; y Colón, y no Colombo, fue para siempre la firma de sus hermanos, sus hijos y su descendencia.

Examinemos ahora la navegación en sí misma. Allá en el confín del Este, el objetivo último de Colón, se creía que se alzaba el Paraíso Terrenal, rodeado de maravillas y países portentosos: valles llenos de diamantes; islas habitadas por monstruos pero ricas en oro, plata y piedras preciosas, y toda suerte de extraños seres humanos: amazonas, pigmeos, gigantes, hombres sin cara, hombres de una sola pierna, etc. Todas estas creencias antañonas dejaron claramente su huella en el diario de Colón. Si la ruta occidental hacia el sol levante conducía a las proximidades del Paraíso Terrenal, las pruebas de su vecindad no pudieron

ser más evidentes en el primer viaje del almirante. A 100 leguas de los Azores la aguja magnética noruesteó, la Estrella Polar describió un círculo de 5 grados de diámetro y se entró en un mar cubierto de verde vegetación que disfrutaba de un clima sorprendentemente suave, libre por igual de calmas y tempestades (la única tempestad se desató en el tornaviaje, ya cerca de los Azores: no podía ser de otra manera). Desde este punto las naves empezaron a subir por la cuesta del océano, que poco a poco se elevaba a las regiones sublunares donde, según las enseñanzas del muy reverendo maestro teólogo Benito Perer, se alzaba la cresta del Paraíso inaccesible.

Cuando los españoles llegaron a Guanahaní, la propia naturaleza les pareció desplegar la incomparable exuberancia de Oriente, con el verde insolente del follaje en el que cantaban sin cesar mil agradables “paxaritos”, entre ellos un ruiseñor inexistente. En aquellas tierras paradisíacas del Oeste el oro no recibía consideración alguna. En efecto, una isla entera era de oro, y gruesas pepitas del metal amarillo rodaban por el lecho de los ríos. Apenas se podían contar los aromas que embriagaban el aire. Había un sinfín de especies, sobre todo pimienta. Los habitantes, desnudos en su inocencia primigenia, no tenían más de 30 años de edad, la edad perfecta del hombre: signo inequívoco de que disfrutaban de eterna juventud. No existía entre ellos el ‘tuyo’ y el ‘mío’. En un santiamén cambiaban cuanto tenían por copas baratas o cuentezuelas de Castilla. Incluso la corriente del Océano era diversa, dada la rapidez cada vez mayor de su flujo. “Las aguas”, escribió Colón más tarde, “corren de Este a Oeste, siguiendo a los cielos”, moviéndose de acuerdo con el *primum mobile*: así, “en esta región, cuando corren, su flujo es más rápido, y por esta razón se han comido gran parte de la tierra”: una en verdad ingeniosa explicación de la proliferación de islas en el mar de la India. Los ríos frescos, las lagunas y, después, el inmenso volumen de las aguas del río Orinoco, con su amenazador macareo, evocaron inmediatamente la sagrada majestad de los ríos del Paraíso. Por último, la alteración y mejoramiento de la tierra se extendían a la bóveda del cielo, ya que las estrellas y las constelaciones habían cambiado de posición en el firmamento para desplegar un nuevo cielo jamás visto en Europa; y debajo de este nuevo cielo reinaba perpetua primavera, un eco quizá de la eterna primavera en cuyo equinoccio había sido creado el mundo.

Lo malo resultó ser tan singular como lo bueno en la tierra recién descubierta. Así los ictiófagos, que mostraban impertérritos su desnudez ante el mundo, eran cazados como comida por unos seres terribles que, a juzgar por sus desafueros, sólo podían ser cíclopes. Pero como la palabra *caniba* inmediatamente traía a la mente el término can, quizá estos antropófagos no eran otros que los *cynocephali* de Marco Polo o quizá -¿quién podría estar seguro?- los súbditos del Gran Kan. Pronto se tuvo la certeza de que de había una isla habitada sólo por mujeres, a la que iban los caníbales cuatro meses al año para asegurar la procreación. Más tarde se supo -descubrimiento sensacional- que esas mujeres arqueras, al

ser atacadas, buscaban refugio en galerías subterráneas. En cuanto a la fauna, sorprendió a los españoles la falta de cuadrúpedos. En cualquier caso, se creyó ver grifos en el segundo y cuarto viajes; y, en honor de la verdad, la iguana no tenía un aspecto muy confortable a ojos de un europeo.

Colón, en definitiva, no sólo descubrió la India, sino que probó de una manera racional su descubrimiento. Incluso llegó a dar una explicación trascendente de sus viajes en el *Libro de las profecías*: las islas del mar habían recibido por fin la llamada jubilosa predicha por los profetas del Viejo Testamento; una llamada que conducía por caminos inescrutables a la conquista de Jerusalén. Y él era el hombre escogido por Dios para cumplir la profecía: así lo proclamó el almirante sin modestia alguna y así lo reconoció su compatriota el obispo Giustiniani.

La prueba final de la identidad de los países descubiertos con la India se encontró en la Toponimia: *Magon*, en la costa occidental de Cuba, sólo podía ser Mangi, en el sur de China. En *Janahica* (Jamaica) se podía reconocer claramente la *Jana* (Java) *minor* de Marco Polo. El Ciguare del continente era, sin duda, Catígara, el fondeadero de los chinos que Ptolomeo, como hemos visto, había puesto como punto más oriental de su ecúmene.

Cipango jugó un papel importante en la cosmografía colombina. Colón había tenido acceso en Lisboa a la carta de Toscanelli, que copió de su propia mano y conservó como un tesoro entre sus propios papeles, todo ello encuadernado con su propio ejemplar de la *Historia rerum* de Eneas Silvio Piccolòmini. De Toscanelli aprendió la fertilidad y las riquezas de Cipango.

Cipango fue de hecho uno de los objetivos de Colón, si no el principal, aunque los Reyes Católicos le dieron una carta, escrita en latín y dirigida al Gran Kan. La isla estaba dibujada claramente en el mapa que usó durante el viaje. El 6 de octubre Martín Alonso Pinzón apremió al almirante a tomar rumbo Oeste Suroeste. “Dijo esto por la isla de Cipango”, escribió Colón en su *Diario*. Al día siguiente cedió a la sugerencia de Pinzón y cambió el curso de su flotilla. Después de desembarcar en Guanahaní, no se olvidó jamás la isla. “Quiero partir para ver si puedo alcanzar la isla de Cipango”, escribió otra vez el 13 de octubre. Por un momento pensó que Cuba podría ser Cipango (21 de octubre, 23 de octubre). Así, el 24 de octubre escribió: “Creo que ésta [Cuba] es la isla de Cipango, de la que se cuentan tantas maravillas, y que se halla en esta región en los globos y mapamundis que he visto”. Pero esta ilusión no duró mucho. Convencido de que Cuba era el continente (= Mangi), Colón identificó finalmente Cipango con Haití. Otra analogía (una etimología por el sonsonete) le ayudó a reforzar este convencimiento. El 24 de diciembre dos indios, “entre los lugares donde se encuentra oro mencionaron Cipango, que ellos llaman Cibao, y dicen que hay gran cantidad de oro, y que las banderas del cacique son de oro batido”. Por tanto, la confusión de Cipango con

Cibao, una palabra taína probablemente relacionada con ciba, ‘roca’, lo llevó a sacar una conclusión imposible. Pero Colón permaneció firme en esta creencia hasta el final de su vida. Al margen de su propio ejemplar del Plinio traducido por Landino escribió lo siguiente:

Es cierto que el ámbar crece en la India bajo tierra, y yo he ordenado cavar en muchas montañas de la isla de Haití, o Ofir, o Cipango, a la que he dado el nombre de Española. Y he encontrado piezas tan grandes como una cabeza, pero no totalmente claro, pero claro y gris, y otros negros. Y hay bastante de ello.

Este texto es de gran importancia porque nos permite ver cómo trabajaba la mente de Colón. La manera, muy medieval, por la que alcanzó esta conclusión sorprendente fue la siguiente. Hay una isla medieval rica oro, Cipango. Hay una tierra mencionada en la Biblia también rica en oro, Ofir, es decir, las minas del rey Salomón. Las dos están en el Este. Luego las dos deben ser las mismas. Además Haití, una isla de las Indias, tiene una región llamada Cibao, fértil en oro. Entonces, no hay duda de que Cipango-Ofir es Cibao. Cuando pensaba en Ofir, Colón siempre tuvo en la mente la conquista de Jerusalén y la reconstrucción del Segundo Templo: un tema predilecto del almirante.

En 1497 un inglés amigo de Colón, John Day, le envió un ejemplar del libro de Marco Polo impreso en Amberes en 1484. Colón lo leyó rápidamente ese mismo año y escribió algunas apostillas en sus márgenes. Dos cosas lo sorprendieron: el oro y las perlas rojas de Cipango. El oro ya estaba descubierto. Y las perlas rojas –escribió jubiloso el almirante a la reina- aparecieron finalmente en el tercer viaje, en el litoral llamado después Costa de las perlas, cerca de Cubagua (Venezuela). La realidad y el mito parecían acoplarse a la perfección.

Así fue como se descubrió Cipango en 1493, como sostenía el almirante. Aunque su explicación geográfica era admirable por su ingenio, no muchos cosmógrafos en España concordaron con sus conclusiones. Pedro Mártir de Anglería propuso sin tardanza una nueva teoría: a su juicio, la isla encontrada por Colón no era Ofir, sino Antilia. Después el milanés revisó su propio punto de vista, pero esta propuesta fue aceptada por muchos cartógrafos y Antilia fue, después de todo, el nombre que prevaleció en la posteridad: Antillas. Sin embargo, la autoridad de Colón impresionó a los geógrafos contemporáneos y algunos aceptaron sus ideas. Incluso en 1520 se hizo un intento por adaptar las teorías de Colón a los nuevos descubrimientos. De hecho, el viaje de la *Victoria*, la primera circunnavegación del mundo, pareció finalmente dar la razón a Ptolemeo y a Colón: el Gran Golfo de China podría ser el Océano Pacífico. Cipango, entonces, fue colocado de nuevo en las Antillas. En el globo impreso de 1523-1524 que dio a conocer Wieder, la península de Yucatán es una isla (*lucatane*) y debajo de *lucatane* está escrito *Zipangris*. Ésta es también la doctrina sostenida por Schoener en sus últimos tratados: a su entender, la ciudad de Temixtitan (México) había de ser identificada con el Quinsay de Marco Polo (el puerto chino de Hang-cheu). Por lo tanto, Cipango recuperó otra vez su puesto en el Atlántico. Por poco tiempo.

Es hora de volver de esas fantasías irreales a las no menos fantásticas navegaciones de los portugueses. Los nuevos e inesperados descubrimientos de España causaron gran preocupación en Portugal. Además, el monarca español obtuvo en 1493 del Papa Alejandro VI las famosas bulas concediéndole el derecho a conquistar todo país que se encontrase al O. de un meridiano trazado a 100 leguas de los Azores. D. Juan II, el rey de Portugal, protestó con vehemencia. Para evitar una guerra, en 1494 se reunieron en Tordesillas delegados de ambos países para concluir un tratado de límites. El nuevo acuerdo dividió el mundo entre España y Portugal, usando por primera vez una abstracción geográfica como medida: el meridiano divisorio pasó a 370 leguas al O. de las islas de cabo Verde. La pregunta es: ¿por qué España cedió la posesión de 270 leguas al O? En mi opinión, la única respuesta posible es que los Reyes Católicos cedieron en este punto porque ganaban con ello otras 270 leguas al E.; y precisamente en esa parte del E. se encontraban las más preciosas riquezas de la tierra: primero las especies (las islas del Maluco), después oro y perlas (Cipango), piedras preciosas y otras mercancías. Así, por el tratado de Tordesillas España adquirió teóricamente el derecho a comerciar con el Asia allende el Ganges, mientras que Portugal se hizo con el Brasil, no pequeña ganancia para ambas potencias. En cualquier caso, una cosa era segura: que Cipango/Española o Cipango/Japón entraban dentro de la jurisdicción española. Pero sólo sobre el papel.

En efecto, en 1497 Vasco de Gama alcanzó la India después de circunnavegar África. En 1511 Alfonso de Albuquerque conquistó Malaca, controlando el estrecho de Singapur y, consiguientemente, el comercio de China y Camboya con Indonesia e India. Pocos años después los portugueses entraron en China, comerciaron en Cantón y otros puertos e incluso trataron de ser recibidos por el emperador en Pekín. Uno de estos mercaderes, Tome Pires, escribió un tratado sobre el comercio oriental. En él mencionó “la isla de Japão, más grande que la isla de los lequios (Ryu Kyu)... El rey es pagano, y rara vez vasallo del rey de China, porque vive lejos y no tienen juncos ni marineros”. Así, por primera vez se oyó en Europa el nombre de Japón (y no el de Cipango). Pero como el libro de Pires no fue publicado, no extraña que el primer gran cartógrafo en usar el nombre Japán fuera Abraham Ortelius en su *Theatrum orbis terrarum* (Amberes, 1570).

De hecho, no se llegó a Japón hasta 1543, y ni siquiera se conoce de cierto al identidad de los navegantes portugueses que anclaron entonces en la isla de Tanegashima (al S. de Satsuma). Lo que consta es que los portugueses tuvieron un cálido recibimiento. Así comenzó un comercio activo: si los señores japoneses querían seda, los mandarines chinos deseaban plata. Los portugueses, siendo como eran formidables navegantes, jugaron el papel de intermediarios ideales. En la mitad del siglo XVI los mandarines de Cantón permitieron a los portugueses fondear permanentemente en Macao, a condición de pagar un tributo anual: la presencia de las naves lusas fue bienvenida para poner coto a la piratería,

endémica en los mares de la China. La fundación de Macao proporcionó una base excelente para el comercio con Japón, que a través de los portugueses se conectó por primera vez con Malaca y Goa.

En 1549 otro extranjero –y bien inesperado- llegó a Japón a bordo de un mercante portugués. Era un sacerdote español, llamado Francisco a imitación de San Francisco de Asís; pertenecía a la nueva orden recién fundada por otro español: un jesuita que después se convirtió en santo bajo el nombre de Francisco Javier. Japón y sus habitantes impresionaron profundamente a San Francisco Javier. Como escribió el 5 de noviembre de 1549 desde Kagoshima, el pueblo japonés era “el mejor de los que se habían descubierto”. Y más adelante anotó que “son muy codiciosos de honores y distinciones” y que “se creen superiores a todas las naciones en gloria militar y valor”. Los afea un defecto: a pesar de todas sus cualidades, no son corteses con los extranjeros, “a los que desprecian profundamente”.

Como hemos visto, Japón cayó en la esfera real de influencia de Portugal. Por esta razón, y salvando a los jesuitas, los primeros contactos de los españoles con el Japón se debieron al azar, cuando los jesuitas habían ya escrito una gran cantidad de cartas sobre el Japón y sus costumbres tanto en portugués como en latín. En 1584 un fraile agustino, Francisco Manrique, llegó a Japón arrojado por una tempestad y desembarcó en Hirado. El país le pareció a Manrique más grande que España, pero muy semejante. De hecho, se encontraba a 34 grados N. y disfrutaba de verano e invierno, sin sufrir el clima tropical de Filipinas. Sus habitantes se parecían mucho a los españoles: eran muy belicosos y audaces y estaban armados con toda suerte de armas: arcabuces, catanas, arcos y flechas. Los hidalgos cristianos de Hirado vivían como los nobles europeos. Además, el país abundaba en animales y frutas (Manrique incluso vio uvas para hacer vino de misas: en la India no existen vides), y todas las mercancías se podían comprar a muy bajo precio. El rey de Hirado mostró su agrado por los frailes y pretendió enviar una embajada a Manila: estaba deseoso de tener religiosos que pudieran predicar el evangelio en su país. Cabe preguntarse por qué no se quedó el padre Manrique en Hirado. Dos fueron las razones que dio el agustino para marcharse del Japón: en primer término, que el país estaba en guerra y que el éxito de la misión no era seguro por ese motivo; y en segundo lugar, que quería volver a Macao (la nave en la que viajaba era portuguesa).

No es necesario señalar que esta descripción está muy idealizada. Para exaltar la excelencia de Japón, Manrique destacó su semejanza con España: dos países tan semejantes parecían predestinados a tener amistad y paz para siempre. Curiosamente, esta semejanza había sido puesta de relieve antes por el jesuita español Cosme de Torres, quien observó que el Japón estaba situado en el mismo clima que España y que los frutos de la tierra y de los árboles eran muy parecidos

a los españoles. Pero sí merece la pena destacar que en esta breve relación de Manrique se aprecia de nuevo el frecuente error que cometieron los frailes en sus relaciones con los chinos y los japoneses. Sin duda, el rey o daimyo de Hirado pidió sacerdotes como el medio más simple y seguro de tener comercio con Manila; pero el fraile interpretó la petición del rey como un deseo de hacerse cristiano: realmente, un error fatal.

No es necesario recordar que la mayoría de los libros españoles sobre Japón publicados en el siglo XVII fueron escritos o inspirados por frailes (franciscanos, dominicos, agustinos), así como en el siglo XVI la información sobre el País del Sol Naciente la obtuvo Europa a través de las cartas de los jesuitas. Este hecho tuvo importantes consecuencias. Los contactos de Portugal y España con Japón fueron desde el principio una extraña mezcla de comercio y religión, justo al contrario de cómo se comportaron los holandeses y los ingleses cuando muchos años después desembarcaron en Japón. Los portugueses y los españoles deseaban convertir al resto del mundo a su propia fe, que ellos consideraban la verdadera –un deseo que podía considerarse como una ambición imperialista: por esta razón la misión de los frailes tuvo ese final dramático, como es bien conocido-. Los holandeses y los ingleses reservaron su propia fe, también a su juicio la verdadera, para ellos mismos.

La retirada táctica de los jesuitas de Japón en 1587 fue debidamente aprovechada por los franciscanos, que tan orgullosa como injustamente proclamaron que con ellos había llegado la misión, la verdadera misión apostólica y cristiana. Su celo resultó excesivo, y Hideyoshi comenzó a alarmarse, quizá con cierta razón. En 1596 un galeón español, el *San Felipe*, naufragó en la costa de Miyako. Toda su carga fue confiscada y, quizás para justificar esta medida, se presentaron muchos cargos contra los españoles. Uno de ellos era una acusación tan repetida como insistente: que los españoles acostumbraban primero a enviar frailes a predicar y después soldados a conquistar: tal había sido su traicionero proceder en Perú, México y Filipinas. No hace falta decir que esta acusación extravagante no era una invención de los japoneses. La superchería debe de haber sido forjada por un europeo, probablemente un jesuita. Fuera como fuese, la paciencia de Hideyoshi llegó a su término. A principios de 1597 seis franciscanos, tres hermanos jesuitas japoneses y 17 nativos cristianos fueron crucificados en Nagasaki.

La muerte de los mártires de Nagasaki desembocó en una triste confrontación entre los franciscanos y los jesuitas. Los primeros pensaron que los segundos eran hasta cierto punto responsables del terrible castigo que se había infligido a los frailes. Por su parte, los jesuitas echaron a los franciscanos la culpa de haber provocado el conflicto religioso por su excesivo celo. Ambos tenían razón y ambos se equivocaban al mismo tiempo. Pero esta colérica discusión, expresada en términos tan desafortunados como sórdidos, no fue el mejor medio de convertir a los japoneses a la fe cristiana.

En 1600 estalló de nuevo la guerra en Japón entre los grandes señores, hasta que Ieyasu aplastó a sus oponentes en la batalla de Sekigahara (22 de setiembre de 1600). La carta de un jesuita, Valentim Carvalho, escrita en Nagasaki el 25 de febrero de 1601, ofrece una relación completa de esta guerra sangrienta. Carvalho estaba feliz, y no sin razón. En caso de una derrota de Ieyasu, sus enemigos (Ishida Mitsunari y sus partidarios) hubieran seguido la política de intransigencia religiosa de Hideyoshi, llevando a sus últimas consecuencias el edicto de 1587 contra los cristianos. Pero ahora, después de su triunfo, Ieyasu había tomado la senda opuesta y, gracias a la providencia de Dios, había cambiado la política de su antecesor, confirmando a los jesuitas el derecho de vivir en Miyako, Osaka y Nagasaki. Pero las cosas no eran tan simples como creía Carvalho. Para gran sorpresa nuestra, uno de los daimyos que luchó denodadamente contra Ieyasu, el señor de Satsuma, muy pronto recibió de grado a los dominicos en sus dominios a fin de comerciar con Manila. Y otro daimyo que no aceptó la hegemonía de Ieyasu, D. Agustín Tzunocamidono, fue un gran defensor de la cristiandad y él mismo un cristiano.

Con la llegada de la dinastía Tokugawa se respiró en Japón un nuevo clima. Ieyasu era lo suficientemente inteligente para no apreciar de inmediato los beneficios que podría obtener Japón de la experiencia de los europeos a fin de fomentar el comercio y mejorar la minería. Pero incluso entonces el comercio se vio influido por la religión. La mayoría de los capitanes japoneses que llegaron en sus navíos a Cavite fueron cristianos y llevaban nombres cristianos, probablemente puestos por los padrinos japoneses (Antonio López, Juan González, Luis de Melo), o bien nombres híbridos (Antonio Matayamon, Jerónimo Firanuya). A los españoles particulares estos mercaderes vendieron peras frescas, atún, seda, biombos pintados y dorados, catanas, escritorios, cajas, jaulas; al gobierno de Filipinas le suministraron, sin pagar en principio aduanas, pólvora, balas, hierro, cáñamo, salitre, clavos, arroz y harina. A su vez, desde 1602 en adelante una nave española navegó todos los años al Japón con una embajada a Ieyasu, con un coste aproximado de 15.000 pesos:

- 1602. Patache *Santiago*. Capitán: Nicolás de la Cueva.
- 1603. Patache *Santiago*. Capitán: Nicolás de la Cueva.
- 1604. Patache *Santiago*. Capitán: Nicolás de la Cueva.
- 1605. *Nao Nuestra Señora de la O*. Capitán: Juan Rodríguez Bermejo.
- 1606. *Nao Nuestra Señora de la O* Capitán: Francisco Moreno Donoso.
- 1607. *Nao San Ildefonso*. Capitán: Francisco Moreno Donoso.
- 1608. *Nao San Ildefonso*. Capitán: Juan Bautista de Molina.
- 1609. *Nao Nuestra Señora de la Antigua*. Capitán: Juan Bautista de Molina.

Desgraciadamente, no quedan documentos privados de esos viajes. De cuando en cuando aparecen en los papeles de aquel tiempo algunos testimonios de Molina o Donoso, pero sólo por haber sido testigos en un pleito o en un

interrogatorio realizado por los frailes contra los jesuitas. La información sobre Japón en España dependió sobre todo de la narrativa de tipo religioso. No extraña, entonces, que la primera descripción de Japón hecha por un laico se debiera a Rodrigo de Vivero, gobernador saliente de Filipinas. Vivero pertenecía a una familia noble: el alevoso asesinato de su bisabuelo inspiró la trama del *Caballero de Olmedo* a Lope de Vega. Regresaba D. Rodrigo a Acapulco cuando, el 30 de setiembre de 1609, su galeón fue arrojado por un tifón a la costa de Iwawada, cerca de Onjuku. El naufragio lo obligó a permanecer casi un año en Japón. Las dos relaciones que Vivero escribió de sus aventuras muestran que el país fue para él una fuente de perenne sorpresa. Las calles de Edo (= Tokio) eran más anchas y más largas que las de España, y estaban tan limpias como si nadie hubiese pisado su suelo. En el viaje de Sorunga (Shizu-Oka) a Miyako (Kyoto)

no hay cuarto de legua yermo... Lugares tan grandes, de tanto comercio y de tan lindas calles y casas tengo por cierto que en ningún reino del mundo se hallarán; y así el camino por aquella tierra es de grandísimo entretenimiento y gusto... pasé por muchas [ciudades] de treinta y cuarenta mil vecinos.

El camino estaba flanqueado por pinos, de modo que el sol no molestaba al viajero, y cada lengua estaba señalada por un mojón con dos árboles. Su admiración por los números que le ofrecían sus huéspedes salta a la vista: una aldea en Japón tiene 20.000 habitantes, Miyako, la ciudad más grande del mundo, 800.000. Además, Miyako cuenta con 5.000 templos y 50.000 prostitutas (una extraña proporción y una más extraña todavía asociación de ideas). Las dimensiones del colosal Daibutsu, “una de las siete maravillas del mundo, y quizá la más admirable de todas”, le causaron una especie de fascinación. Uno de sus criados, que trató de tomar algunas medidas de la estatua, no pudo abarcar el dedo gordo del pie con sus brazos. En el templo budista brillaban más velas que en el monasterio de Guadalupe; sus jardines eran más agradables que los del palacio de Aranjuez. “Si no fuera por la falta del verdadero Dios en aquel país, lo hubiera cambiado por mi patria”, confesó Vivero. El retrato que hizo de los japoneses refleja su admiración:

Nunca el Japón ha sido dominado ni vencido de otra alguna nación, aunque por veces vinieron a pelear los chinos y corías, pero siempre volvieron con las manos en la cabeza... Son hombres de vivos ingenios y de grandes cortesías entre sí. La mano izquierda, que aquí damos a los inferiores, es la derecha suya, y que hacen gran honra a quien la dan, porque dicen le fían el lado de la espada. Son muy lindos arcabuzeros, aunque tiran muy de espacio. Juegan una lanza con primor, y de sesenta años a esta parte tienen artillería, aunque no destreza en ella. Los grandes señores tienen inexpugnables castillos, y precianse de ardidés de guerra todos. El gobierno político de sus ciudades es excelente, y atienden los que gobiernan a la causa pública con extraordinaria atención. Las casas son aseadísimas y de notable limpieza, y hasta en las calles la tienen grande.

El gobierno político de los japoneses es aventajado del que yo conozco en todas las repúblicas del mundo, porque gente sin Dios tener tantas leyes perfectas y conformes a caridad parece que hace repugnancia. Los vicios en esta tierra se castigan como lo he referido atrás, con que hay pocos ladrones y los caminos están segurísimos de ellos, y que a todos los ocupan en sus ciudades y pueblos conforme a la inclinación que tienen y a los oficios de sus padres y abuelos. Los vagamundos no se permiten... No hay pependencias por las mujeres, porque las públicas ramerías están puestas por orden de la justicia y señalado qué se les ha de dar, y tienen médico que las visita, y en estando de enfermedad contagiosa las aparta con notable rigor. Las demás mujeres casadas es cosa rarísima.... oír que ninguna haya hecho ofensa a su marido. Cásanse todas sin dote.

Esto último era una sabia costumbre según Vivero, que echaba pestes de las espléndidas dotes que se daban en España a las novias, de suerte que la dote no sólo llevaba a la ruina de muchas casas hidalgas, sino que inevitablemente era el rasero por el que se medía a las mujeres, en lugar de ser estimadas por sus propias virtudes. Los japoneses sólo tenían un lado oscuro: su arrogancia y temeridad.

No sólo se muestran osados en las guerras, sino en matarse a sí mismos sin querer que lo haga el verdugo, cuando por algún delito son condenados a muerte. Que en tal ocasión es acto positivo de su nobleza juntar los deudos, los amigos y los caballeros y hacerles un parlamento de que sean testigos de que mueren con osadía y sin rendirse al temor; y encargándoles sus hijos y deudos, y luego echa mano a la catana que traen ceñida y córtanse por medio.... Es esta nación poco liberal en dar, y comúnmente impaciente y mal sufrida.

El último defecto era, evidentemente, una consecuencia de su arrogancia. Como no eran cristianos, merecían ser llamados “bárbaros”. Curiosamente, ésta era justo la palabra con la que los japoneses acostumbraban a llamar a los portugueses y a los españoles (nambajin); y no menos curioso es que, en otras partes, la arrogancia fuese considerada un defecto típicamente español. Pero para volver al retrato que de los japoneses hizo Vivero: esos bárbaros, como hemos visto, tenían admirables cualidades, y D. Rodrigo confiaba en la influencia beneficiosa que tendría la predicación de los frailes. Como cerca de 300.000 japoneses se habían convertido ya a la fe cristiana, se podría tener razonable esperanza de que dentro de algunos años la mayor parte del pueblo sería cristiana. Entonces Vivero esperaba el estallido de una revolución social, de resultados de la cual los pobres se liberarían del yugo de sus amos. Su teoría es de hecho un anticipo notable, aunque basto, de la llamada teología de la Liberación, pero sorprendentemente –o demasiado humanamente– Vivero no aplicó esas ideas revolucionarias al caso de España y los dominios españoles en América.

Veamos ahora otra descripción del Japón, escrita con ocasión de la embajada a Ieyasu de Sebastián Vizcaíno (1611-1613). La relación del viaje se debe ante todo a la pluma del escribano de la nave, Alonso Gascón de Cardona. Como Vivero, Cardona quedó muy sorprendido de las muchas novedades que vio en el Japón. Una de ellas era el increíble número de personas que poblaban las ciudades y los campos. Las metáforas usadas por Cardona son divertidas. Los japoneses se parecían a hormigas, eran como gotas de lluvia. No dejaban comer ni dormir al embajador. En todas partes había un japonés, de suerte que el escribano llegó a pensar que tal muchedumbre no era más que un espectáculo preparado adrede para impresionar a los españoles. El campo destacaba por lo rico y fértil, y tenía minas de oro y de plata. Todo era realmente maravilloso, aunque esta descripción paradisíaca tuviera un lado negro: los terremotos, uno de los cuales lo sufrieron los españoles en el mar; pero un pueblo de la costa quedó totalmente destruido por los efectos de la tremenda sacudida.

En cuanto a los japoneses, Cardona resaltó sus virtudes y sus defectos. Entre los primeros contó el escribano su cortesía y amabilidad: eran los hombres mejor educados del mundo. Asimismo sobresalían por su inteligencia y habilidad, su arrogancia y belicosidad. Pero sus defectos tampoco eran pequeños. El principal era la avaricia: por miserables sumas de dinero los padres estaban dispuestos a vender a sus propios hijos o a sus madres. Desde el emperador hasta los oficiales más bajos todos se mostraban proclives a hacer tratos, de modo que parecían judíos, y algunos gobernadores se parecían más a mercaderes que a caballeros. Eran envidiosos. Su carácter se caracterizaba por su fiereza, así que necesitaban muy severas leyes para refrenar sus impulsos. Les gustaba beber, mucho más que a los flamencos. Gascón escribió en una ocasión que el mejor santo para convertir a los japoneses a la fe cristiana sería San Martín: el pueblo de San Martín de Valdeiglesias tenía fama entonces por su vino. Pero estos vicios imputados a los japoneses, empero, son universales. Gascón tampoco se dio cuenta de que lo mismo se podría decir de los españoles, acusados con frecuencia de ser envidiosos, crueles y borrachos. En cambio, el escribano se dio perfecta cuenta de la presión policial a la que estaban sometidos los daimyos, obligados a dejar sus hijos en la corte de Ieyasu casi en calidad de rehenes.

El principal interés de Gascón fue el protocolo. Su pluma describió con todo pormenor las audiencias que se dieron a Vizcaíno, el intercambio de regalos, las ceremonias (desfiles, misas, etc.), los uniformes y los trajes usados en las ocasiones solemnes, las reverencias y las cortesías: tal era la moda entonces en España, la España del Barroco, en la que todo el mundo gustaba de las apariencias y la reputación. De hecho, en esa época, se consideraba que el mundo era sólo un teatro (El gran teatro del mundo es el título de uno de los dramas de Calderón); los hombres, en consecuencia, eran sólo actores, y era más importante cómo representaban en el exterior su personaje que la forma de vida que observaban

realmente en su interior. De ahí el peso y la importancia del protocolo, que distinguía con claridad los papeles de cada cual y su puesto en la sociedad.

Terminemos con dos escritos más. Fray Diego de Santa Catalina, embajador del rey de España (y de Ieyasu), volvió a México lleno de encono en 1617. El franciscano no fue capaz de entender el punto de vista de los japoneses. Al revés, se sintió agraviado, y no sin razón.

Nadie se ocupó de nosotros –se quejó– sino que todos pensaron que nos hacían un gran favor. Y eso es verdad, porque abandonar el Japón con vida es como recibir vida por merced.... Digo... que el rey y sus hijos, y con ellos todos los principales del reino, tienen en poco a nuestra religión cristiana... De este mal principio nace tener a los cristianos por gente engañada en razón de religión; y en lo que toca a costumbres, por bárbaros y groseros, sin policía ni crianza; y aun en lo que toca a buen trato, por bárbaros y groseros, sin verdad y fidelidad; en lo que es milicia, nos tienen por sus inferiores, y sólo en la navegación conocen que les hacemos ventaja. Y, en conclusión, ellos tienen de nosotros el concepto que nosotros tenemos de unos indios o negros bozales.

Es importante señalar que, antes de fray Diego de Santa Catalina, otro español tuvo también la misma sensación de ser despreciado por la sociedad japonesa. Oigamos lo que Juan de Cevicos escribió en 1610:

Hemos de confesar que nos juzgan por sus inferiores; y que si hoy nos tienen en esta opinión, cuanto más nos conocieren y trataran, y cuanto menos nos diéremos por sentidos de sus demasías, siendo, como es, gente presuntuosa y arrogante y de tan mal trato y correspondencia..., se harán peores y se volverán de todo punto insufribles.

En 1612 el ser cristiano empezó a ser sospechoso, y la iglesia franciscana en Edo fue destruida por orden del shogun. Al año siguiente Ieyasu, viejo y quizá lleno de escrúpulos religiosos, decidió reinstaurar la política anticristiana de Hideyoshi. El 21 de julio de 1613 se promulgó un edicto prohibiendo a los japoneses profesar la fe cristiana. La triste historia de las ejecuciones de frailes y jesuitas es bien conocida y no es necesario insistir en ella.

En cuanto a los japoneses, los que más perdieron fueron los cristianos. Algunos de ellos buscaron refugio en Manila, muchos murieron, otros renegaron de su fe. La dureza de la persecución y después la revuelta de Shimabara (1638) consumió el resto de la cristiandad japonesa. Resultaron perdedores también los grandes navegantes, como Luis de Melo, o incluso nobles como Mukai Matatsuna. Por otra parte, con la represión y la intransigencia de los gobernantes el experimento tan interesante de una cultura híbrida llegó también a su fin. Todo el mundo recuerda

las espléndidas pinturas del período Momoyama y los biombos namban. Menos conocido es que algunas costumbres europeas se pusieron de moda en Japón durante aquellos años. Incluso el tabaco –si fumar es un vicio- fue introducido por los europeos, principalmente por los españoles. Todo ello cesó bruscamente, y con este cese acabó la era de una cultura japonesa abierta de miras, llena de curiosidad y ávida de aprender. Así, el único pueblo que salió momentáneamente ganando con el desastre fue el holandés.

Para la mentalidad contemporánea el cierre final del Japón semeja a un acertijo insoluble. Sin embargo, se debe recordar que fue España la primera en tomar esta decisión tremenda cuando cortó relaciones con Japón. Y es más, España había cerrado sus fronteras muchos años antes, cuando Felipe II decidió proteger su reino de las perniciosas influencias extranjeras, temiendo ante todo el contagio con dogmas religiosos que eran considerados herejías (luteranismo, calvinismo, etc.). Este fue precisamente el caso de Japón. Me parece, en consecuencia, que los frailes y los jesuitas enseñaron al pueblo japonés algo más que la doctrina cristiana: debemos presumir que también sembraron en Japón sus propias ideas políticas y encontraron discípulos aventajados en la aristocracia japonesa. Expulsar a enemigos y cerrar fronteras: éste es el decreto que los españoles pidieron insistentemente al shogun que promulgara contra los holandeses, aunque estuvieron muy lejos de sospechar que serían pagados en la misma moneda.

En mi opinión, los frailes y los jesuitas hubieron de enseñar a leyasu y a sus cortesanos que una minoría pervertida puede corromper la comunidad entera, que un miembro purulento puede gangrenar todo el cuerpo: la única solución es cortar –la minoría o el miembro-. Ésta y no otra teoría fue la base de la Inquisición medieval y moderna. leyasu aplicó a los españoles lo que los españoles habían hecho previamente con los herejes o los hombres convictos de judaísmo. No soy un especialista en la historia de la mentalidad japonesa, pero me atrevo a sugerir que probablemente la adopción de una decisión política tan importante como el hecho de basar el estado en la religión tradicional se debiera asimismo a influjo español: eso es lo que había hecho la Corona desde el tiempo de los Reyes Católicos.

Sea como fuere, el período Momoyama fue una de las épocas más interesantes del Japón. En aquel siglo se perfilaron claramente las que parecen ser corrientes principales de la historia japonesa. No es sorprendente que el interés de Japón se centrara durante aquellos años en las islas adyacentes (las islas Ryu Kyu y Taiwán) y sobre todo en Corea (no es necesario recordar que la primera guerra entablada por Japón fue la invasión de Corea ordenada por la emperatriz Jingo). Pero los gobernantes –y sobre todo leyasu- mostraron una sorprendente y sutil percepción de América, la misma América latina que, sin guerra alguna, se ha convertido actualmente en patria de millones de japoneses: muchos de ellos viven hoy en Brasil, un descendiente de emigrantes japoneses se convirtió no

hace muchos años en presidente del Perú. En cierto sentido le yasu se anticipó a este estado de cosas cuando apremió a instaurar el comercio con México. Finalmente, la orgullosa apertura de Japón en el siglo XVI se parece estrechamente a la apertura –o mejor dicho, al despertar- del Japón en el siglo XIX. Y es de notar que, cuando Japón comenzó a intervenir en la política mundial, España, después de haber cerrado las fronteras de su inmenso imperio en el siglo XVI, se encontraba encapsulada en sí misma al final de su hegemonía: consecuencia de haber levantado barreras para evitar el influjo extranjero. Esta es la última, y quizá la principal lección de nuestra historia: que el aislamiento por fuerza es perverso por sí mismo, resultando ventajoso sólo para los dictadores.

Debo terminar. Desde San Francisco Javier hasta Juan de Cevicos las relaciones de los españoles tienen, como hemos visto, algunos puntos en común. Todas señalan las mismas faltas y alaban las mismas virtudes, quizá, como hemos visto, por la notable semejanza entre los japoneses y los españoles en los siglos XVI y XVII. Pero el hecho más importante es que, gracias a los portugueses y a los españoles, Cipango dejó de ser un mito en Europa y se convirtió en el gran país que todos admiramos.